

Popular Film



SUMARIO: Prólogo necesario (editorial). — CRÓNICA DE PARÍS: Las aventuras del Príncipe Ahmad en la Comedia de los Campos Eliseos, por *Jean Desjardins*. — CRÓNICA DE MADRID: Aquí les presento a ustedes..., por *L. Gómez Mesa*. — Poetas de hoy: ¿Quieres venir?, por *Martínez de Ribera*. — Recordanza, por *Rosendo Llorba*. — EL RETABLO DE MAESE PEDRO: Guimerá, Galdós y la crisis del teatro, por *Mateo Santos*. — Un éxito de Valerín de Pedro. — PAGINA MUSICAL: Let us go to garden, del maestro *G. Faura*. — FRENTE A LA PANTALLA: Cómo se hace una película, por *Adelardo Fernández Arias*. — Las películas de la A. C. E. — LA MODA EN EL CINE: Los pantalones Oxford, el pelo corto, el bigote de Charlot, el suicidio de Max Linder y el sombrero de Pamplinas, por *Miss Gladys*. — Museo fotográfico: Retrato de don Angel Guimerá. — Pêle Mêle: La escena muda, Teatro popular en castellano. — ARGUMENTO DE LA SEMANA: Compañera te doy..., por *Astrid Holm*.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Villarreal, 186 - París, 134 - Barcelona

Precio: **20** Cént.

FERRO-VÍA

REVISTA AFECTA A LOS FERROCARRILES DE MADRID A ZARAGOZA Y A ALICANTE

Guía de Hoteles : Balnearios y Turismo : Servicio Oficial de Trenes y Líneas de Automóviles en combinación : Combinaciones rápidas desde Barcelona y Madrid al resto de España : Navegación : Aeronavegación

Agricultura : Industria : Comercio y Banca : Deportes : Modas y Novedades : Música : Teatros y Cinematografía, etc., etc.

Publicación periódica de orientación moderna, que contiene un conjunto de materias tan interesantes que la hacen imprescindible a todos los hombres de negocios.

Cada número de esta importante GUÍA - REVISTA es un paso gigantesco en el emprendido camino del éxito.

FERRO-VÍA nació para la prosperidad de usted. No deje de leer una sola línea, ya que dejaría de velar por sus utilidades.

SUMARIO: DE UNO DE LOS ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS

Guía Monográfica de la Red Catalana de M. Z. A. y líneas combinadas: Homenaje, por *C. Barnils Moner*, Director Gerente de «Catalunya Imperial, S. A.» - La personalidad de D. EDUARDO MARISTANY, descrita por *Buenaventura Bassegoda, Eduardo Recasens, F. Agulló y Vidal y F. Cambó*. - Maristany, hombre de acción, por *N.* - Viajes y Turismo.-Italia: Cortina d'Ampezzo. - La labor educativa de la publicidad, por *R. Borí*. - Arte: El escultor Llisas, por *J. Bordas D.* - San Cucufate del Vallés, por *Mn. J. Gudiol*, Pbro. - Sobre el análisis de tierras, por *Luis Sáez*, Ingeniero Agrónomo. - La vida deportiva catalana, por *A. Berenguer*. - EL SALÓN AUTOMÓVIL DE MADRID. - El Jazz y su historia, por *Irving Schwerké*. - Galería de Artistas eminentes, por *J. Cortés Picó*.

Para ANUNCIOS y SUSCRIPCIONES dirigirse al
Sr. Administrador de "FERRO - VÍA"

Aragón, 279 - BARCELONA - Teléf. 2112 G - Dirección Telegráfica "CATAIMPER"

Gerente: Isidro Bulló Casanovas

Administrador y Apoderado: J. Olivei Vives

Director técnico y Apoderado: S. Torres Benet

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: Mateo Santos

Redactor jefe: Mariñez de Ribera

Director musical: Maestro G. Faura

5 DE AGOSTO DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.

Delegado: Domingo Romero

Director: Luis Gómez Mesa

Prólogo necesario

LA vida política y social, que es campo acotado en España, dispone, sin embargo, de infinidad de órganos periodísticos que la comenten y pregonen en la plaza pública. Claro, que a las voces de estos órganos, casi nunca les falta la sordina de la censura y que, aun sin sordina, suelen ser opacas, desentonadas, poco amenas, limpias y sonoras. Pero el hecho es, que mejor o peor, con más o menos claridad, nos informan de la vida social y política.

La república de las Letras tiene también sus altavoces literarios, aunque en escaso número, y no de la potencia que fuera de desear. Pero lo que carece, casi en absoluto, de esos órganos de expresión, de esos altavoces, acaso por habérsele llamado mudo, es el arte cinematográfico.

No ignoramos que la prensa diaria dedica semanalmente un espacio a la actualidad cinematográfica; pero eso no basta. Es como la consecuencia lógica y natural de la falta de páginas más adecuadas para recoger esa actualidad tan interesante y multiforme cuando se la enfoca bien. Porque el comentario del film en los papeles cotidianos, es siempre restringido, monótono, falto de autoridad y mira en demasía al anuncio.

La cinematografía necesitaba en España un altavoz tan potente como con los que cuenta Norteamérica, Francia, Alemania, Italia, Inglaterra... Y ya lo tiene. Este altavoz — ¿por qué no decirlo si es cierto? — es POPULAR FILM.

* * *

POPULAR FILM tiene todos los elementos necesarios para ser el órgano más eficaz de la cinematografía española.

Se imprime por el procedimiento más moderno y artístico que se conoce: el del huecografado. Tiene una administración solvente que le permite presentarse al público, con pulcritud y decoro, y que lo pone al alcance de todos los bolsillos por la economía de su coste, en visible desproporción con su belleza tipográfica. Cuenta con una redacción selecta, compuesta por periodistas especializados en la crítica, el comentario y la información cinística. Posee, además, una dirección técnica inteligente.

¿Qué más hace falta para lanzar a la calle una Revista digna de nuestro tiempo, de nuestro público y del arte de que es vocera y herald?

* * *

Hemos querido darle entrada al teatro en POPULAR FILM por entender que el teatro y el cine son hermanos. ¿Por qué señalar en ellos una rivalidad que no existe, que no puede existir? Al contrario, la escena hablada y la escena muda son artes gemelos. Persiguen idéntico fin de enseñanza, si bien el uno se vale del verbo y el otro del gesto. El uno es pensamiento, el otro dinamismo. Ambos coinciden en los puntos de este triángulo estético: argumento, emoción, acción.

El teatro constituye un arte por sí solo; el cinematógrafo, también. Lo que no obsta para que uno y otro se complementen, a veces, sin desdoro para ninguno de los dos. Así, vemos proyectar como enlace de un acto a otro, en cierta obra de teatro, unos metros de película en que aparecen algunos personajes de la comedia cruzando un desierto montados en camellos, escena ésta, que en el tablado de la farándula, es de imposible realización. Y así vemos, en ciertos films, introducir la novedad de unos cantables, con letra y música apropiada y llamarles operetas, invadiendo los géneros teatrales.

Teniendo todo esto en cuenta, negamos que el cine y el teatro sean enemigos, toda vez que se auxilian, y damos entrada a este último, aunque en menor proporción que al primero, en las páginas de POPULAR FILM.

* * *

Creemos que son adiciones necesarias para la mejor orientación literaria y artística de POPULAR FILM la página de Música y las que dedicamos a la Moda femenina. La una es como el bello complemento de la sección teatral y la otra como el aditamento imprescindible de la sección cinematográfica, ya que la descripción del traje que lucen las «estrellas» en ciertas películas, completan la crítica de las mismas.

* * *

Ahora sólo nos resta enviar nuestro saludo más reverente al público, que es el único señor que reconocemos con agrado, y a la Prensa española, especialmente a la cinematográfica.

LA REDACCIÓN

CRÓNICA DE PARÍS

Las aventuras del Príncipe Ahmad en la Comedia de los Campos Elíseos

El curiosísimo film que nos presentan los films «Sofar» en la comedia de los Campos Elíseos no supone tanto la renovación de un método común bajo una forma inédita, como la creación, propiamente hablando, de un nuevo género de film, de una de esas enervadas del arte descubierta por una nueva dirección, a cuyo moderno modo de percibir siguieron más tarde los esfuerzos de aquellos que se tomaron el trabajo de hacerla conocer.

Cierto es que el dibujo animado fué la base del cinematógrafo, y que las primeras reproducciones del movimiento, gracias a un dispositivo mecánico — sin querer hablar de las experiencias puramente científicas de Marey —, fueron vulgarizadas por el dibujo animado, que permitía, merced a un «bioscopio», o a otros aparatos del mismo género, representar las formas lineales, dándolas el movimiento y apariencia de vida mucho más perceptibles que con las fotografías, cuyos contornos o perfiles menos limpios no permitían la perfecta realización del movimiento reconstituido.

He aquí el film:

Figuraos «El Ladrón de Bagdad» en sombras chinecas de perfiles estilizados, evolucionando sobre decorados grises, cuyos fondos, trucados, están a menudo sujetos a efectos sorprendentes. Algunos cuadros, como el de la tempestad o el de la lucha entre el mago y la bruja, están plenos, en realidad, de arte y de técnica.

Es igualmente interesante ver cómo el autor saca partido — como en otra parte Cecil B. de Mille en «Los diez mandamientos» — de los procedimientos pura-

mente técnicos, nosotros diríamos simplemente mecánicos, tales como la inversión de la toma de vistas, de una mancha que desaparece, de una quemadura que se extiende, de una gelatina cuyo fondo para llegar a producir un efecto fantástico e irreal tiene que sujetarse a los límites de las concepciones artísticas que él se había fijado de antemano.

El automatismo de las siluetas en las vistas de conjunto produce un efecto curioso, que se une a la estilización del decorado, a pesar de lo cual, el realizador ha de evitar de representar su obra banalmente, «dibujo animado», señalando a sus personajes el justo porte y refrenando el ridículo gesto de las sombras chinecas de antaño, cuya vivacidad de expresión es unas veces de una comicidad exagerada y otras alcanza una intensidad verdaderamente dramática.

Los títulos del doctor Mardrus están redactados con simplicidad, pero tienen el sabor de los cuentos árabes de «Las mil y una noches».

Una orquestación original de primer orden, dirigida por el mismo compositor, sigue la farsa con un perfecto sincronismo.

El arte del director de escena puede decirse es suficientemente cautivador para que en algunos momentos nos produzca la impresión penosa de la furiosa labor que ha tenido que imponerse durante tres años, antes de realizar esta pequeña superproducción, que es al mismo tiempo uno de los acontecimientos más interesantes de la temporada.

JEAN DESJARDINS

Madge Bellamy encarna con brío la excéntrica heroína de la historia. Leslie Fenton, Harrison Ford y Barson Bard, la replican con talento y acaban por dominarla en el transcurso de la obra.

La caballería de la muerte

Drama interesantísimo en alto grado por las trágicas peripecias que en él se desarrollan. La acción, en él, está vivamente tomada y el sentimiento no tiene ni el más mínimo defecto. Asistimos, en él, a la destrucción de un poblado por un furioso torrente. Las casas se desploman, la ola furiosa arrastra a los habitantes. Estos cuadros producen, ciertamente, una gran impresión en el espectador.

George O'Brien, Janet Gainor, Florence Gilbert y Paul Gausser interpretan con verdadera destreza este film de aventuras.

Tony, el indómito

Tom Mix, el legendario cow-boy, reaparece en «Tony, el indómito». Una vez más personifica el tipo de *Don Quijote* del Far-West, triunfando de todos los obstáculos y teniendo la suerte de sojuzgar a la desdichada mis Percival, hija de un director de las minas y más difícil de dominar que Tony, el caballo salvaje que los cow-boys pretenden capturar en vano.

Tom Mix, acompañado por Jacqueline Logan y por Marión Harlan, interpreta este drama, en cuyo curso admiramos magníficos paisajes, recorridos en todas direcciones por manadas de caballos salvajes.

CARVALIER

Nuestro «Museo fotográfico»

En esta sección de POPULAR FILM iremos publicando, semana tras semana, los retratos de cuantos han logrado, con su arte o con su esfuerzo, destacar su personalidad de la oscura zona del anónimo.

Por este «Museo» desfilarán artistas de cine y de teatro, dramaturgos, músicos, escenógrafos, novelistas, pintores, escultores... cuantos rindieron, en fin, con su genio o con su arte al éxito o a la fama.

La importancia de esta página de POPULAR FILM no necesita encarecimiento. Conocer y poder contemplar, cuando se nos antoje, el rostro de los que nos han hecho sentir una emoción, de los que nos han dado un goce espiritual, de los que han contribuido a educar nuestro gusto estético, es siempre agradable, pues parece como si entráramos en trato amistoso, íntimo, con ellos.

Estamos seguros — y por eso no nos importan los sacrificios que hemos de realizar — que los lectores de POPULAR FILM verán con agrado nuestro «Museo fotográfico», que se inicia con un retrato de don Angel Guimerá, en homenaje al recuerdo de este genial dramaturgo.

Estrenos de la semana

La justicia está hecha

Durante los últimos tiempos, Buck Jones ha conquistado una reputación envidiable en los estudios americanos. «La justicia está hecha», reciente creación de este gran actor, puede contarse entre las mejores. Encarna en este film, una vez más, el propietario de un rancho decidido a hacer justicia sobre una banda de malhechores que aterrorizan la región y se disponen a dar un golpe interesante. Se prepara a proteger al mismo tiempo a dos encantadoras rancheras, una de las cuales se llega a convertir en su esposa después de una serie de aventuras, en las que el simpático artista tiene ocasión de

mostrarse equite asombroso y sportman de los más diestros. Florence Gilbert y Edna Marión son las dos deliciosas partiquinas del artista cow-boy.

Hija de Afrodita

La dirección de Harry Beaumont nos evoca toda una serie de escenas de la vida americana. Sandy, una joven muchacha elegantísima, después de haber pasado una juventud de las más accidentadas se casa con el multimillonario Ben Murillo. Esta unión no le reporta ningún bienestar. La llegada de uno de sus antiguos flirts, Tommy Gray, viene a complicar aún más la situación.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, 2'50' pesetas trimestre

:: Extranjero, 15 pesetas año

:: Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

CRÓNICA DE MADRID

Aquí les presento a ustedes...

Así, cogiéndole de la mano, como el autor de comedias enseña al público a los intérpretes de sus producciones, yo os presento al «Sábelotodo». Y con la fingida modestia característica de estos casos, os digo, con ademán teatral y gesto hipócrita: Aunque el raro personaje que hoy me complace en poner a vuestro servicio, es obra exclusivamente mía — ya que fui yo quien le animó para que luchara, quien le metió en aquellos trotes y quien le adiestró en el cometido de periodista curioso y frescales, capaz de adivinar el pensamiento al más inexplorable, de hacer hablar al más huraño y de mover la risa al más hipocondríaco—, renuncio de antemano a la parte de éxito que me pueda corresponder. Si sus ocurrencias y sus pintorescas informaciones os gustan, aplaudidle a él sólo; que el ingenio no precisa de consejos para triunfar. Y si, por el contrario, os causan fastidio, chillad a los dos: al maestro y al discípulo, en particular al primero, por su ignorancia para encaminar aptitudes y su osadía para cargar con menesteres superiores a sus escasas fuerzas.

Miradle despacio, amigos: no es ni alto, ni bajo; ni gordo, ni flaco; ni feo, ni guapo; ni elegante, ni ordinario; ni rubio, ni moreno; es, en lo físico, muy vulgar. Mas en lo que no se mide con la vista, sino con la inteligencia, su retrato ofrece bastantes atractivos. Nacido para recoger noticias, no se le escapa una, por insignificante que sea, y si la monotonía o la sosería dificultan la aparición de no-

vedades, las inventa. Dotado de prodigiosa fantasía y partidario acérrimo de la broma, se remonta de vez en cuando por encima de la aplastante realidad. Llevado por su afán de olerlo todo, suele caer con frecuencia en la indiscreción — defectillo, en verdad, harto disculpable para un hombre de su oficio. Pero como en este mundo no hay felicidad completa, una pertinaz dolencia del estómago estropea tan excelentes cualidades. Parece ser, según manifiesta el interesado, que se trata de una hiperclorhidria mezclada con dispepsias complejas. Sin embargo, como para manejar el escalpelo se necesita tener algún padecimiento, eso, que a nosotros se nos antoja gran lunar, quizá constituya un mérito para ejercitar la crítica; porque, que se enteren ustedes, el sin par «Sábelotodo», además del reportero-cinematográfico, cultiva, en sus ratos de ocio, el pasatiempo de analizar con pícaro intención la buena labor ajena, sin contar con una propia, por lo menos mediana.

En lo esencial — proporcionar noticias interesantes y adornarlas con amenos y sabrosos comentarios — el «Sábelotodo», es una adquisición. Nuestra opinión está a su favor. Ahora, lectores, vosotros decidid. El «Sábelotodo», pluma en ristre y con aparente tranquilidad, no obstante su desparpajo, se lanza a la difícil empresa de conquistaros. Sed benévolos...

L. GÓMEZ MESA

Con su permiso, señores

Confuso, avergonzado por esos innmerecidos elogios que un entrañable camarada dedica a mi humilde personilla, apenas si me atrevo a moverme. ¿Cómo dirigiros la palabra, señores, sin que el temor a desilusionaros de golpe y porrazo, me cohiba y paralice mis ideas, suponiendo que las posea, que es mucho suponer? La situación es comprometida, señores; colocaos en mi caso y guiadme, ¡por favor!...

¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Ya di en el clavo. Me figuraré que os conozco de antiguo y santas pascuas: a charlar como si tal cosa. Y empiezo.

Con su permiso, señores.

¿Os acordáis de una serie de películas editadas por la «Atlántida», en colaboración con distinguidos elementos de nuestra teatro, allá

por el año veinte del siglo que corre? Pues, pasmaos: nos la acaban de servir como plato suculento y del día. Claro es que, en lugar de tomarlo por lo trágico, nos agarramos a lo cómico; a lo poco cómico que tiene «La tía de Pancho» — una de las cintitas en cuestión —, a pesar de su condición de bufonada y de encarnar los principales papeles la archibonita Margarita Duberland y los archigraciosos — en el escenario, mas no en la pantalla, donde, privados de la voz, resultan sosos —, Juan Bonafé y Pedro Zorrilla.

«El regalo de Reyes», basada en la zarzuela «La noche de Reyes», de don Carlos Arniches, y creada por Carmen Jiménez, Pepe Montenegro y R. López Montenegro, abunda en típicos cuadros serranos y castellanos; pero de dirección y fotografía flojea demasiado para considerarla digna de ser reestrenada con los máximos honores.

Lo malo y aún lo regular, que se lo trague el olvido. ¿Para qué resucitarlo? Si es para comprobar los adelantos realizados, pase: no cabe otra finalidad. Y en este sentido, son lógicas las reprises de «La tía de Pancho», «El regalo de Reyes», «La inaccesible», «Víctima del odio» y «Cuidado con los ladrones», por demostrarnos, al compararlas con las modernas films hispanas, que avanzamos enormemente en el complicado campo de la cinematografía. El balance de la temporada

POETAS DE HOY

¿Quieres venir?...

Yo quisiera que fueses la compañera mía
Y a tu lado el camino recorrer hasta el fin...
Hoy sus alas de plata me da la fantasía
Y camino hacia un cielo. Dime ¿quieres venir?...
Voy buscando la gloria; la eterna compañera
De los que enamorados, van tras del ideal...
¡Ven conmigo! En mis brazos nueva vida te espera.
¡Una vida nimbada por la gloria de amar!
Para alcanzarla lleva mi alma, poesía;
Para el amor un trono guarda mi corazón;
Para el mundo, mis versos; para el verso, armonía;
Para ti, mis caricias; para el alma, una flor.
Entre risas y besos nos diremos amores
Y cuando nos cansemos de besar y reír
Juntos reposaremos sobre un lecho de flores
Que arrancará mi mano del más bello pensil.
¡No temas al camino! Las hadas silenciosas
Rosales a tu paso mandarán florecer.
Para mí las espinas y para ti las rosas.
¡No temas al camino! ¡Ven, alma mía! ¡Ven!...

MARTINEZ DE RIBERA

última y los preparativos para la venidera, los patentizan de manera concluyente; de continuar batallando, con ligeras mejoras de armas y procedimientos, pronto España cantará victoria, y pronto asimismo su nombre se elevará a las cumbres del séptimo arte.

«Currículo de la Cruz», «Ruta gloriosa», «José», «El abuelo», «Nobleza baturra», «El lazarillo de Tormes», «Gigantes y cabezudos», «Boys», «Las barracas», «Cabrita que tira al monte», «La Bejarana» y «La sobrina del cura» — bastante lejanas, por cierto, de la soñada perfección — prometen espléndido porvenir. ¿Nos los traerá, al fin, las nuevas producciones? Bien quisiera yo, señores, contestar afirmativamente; pero ello se sale del radio de acción de mi sabiduría — que, en concordancia con la teoría de Einstein, es relativísima —, por ser de la exclusiva competencia de nuestros conspicuos cinematografistas.

José Buchs, con «Pilar Guerra» y «Una extraña aventura de Luis Candelas»; Agustín García Carrasco, con «Los hijos del trabajo» y «El tonto de Lagartera»; Florian Rey, con «El cura de aldea» y «El pilluelo de Madrid»; Luis R. Alonso, con «Un milagro de amor»; Gómez Hidalgo, con «La malcasada»; Hernández Mir, con «El patio de los naranjos»; León Artola, con «Mientras la aldea duerme»; Perojo, con «Malvaloca»; Dean Fernández, con «A buen juez, mejor testigo»; Ardavin, con «El bandido de la sierra»; Noriega, con «Brisas de Asturias»; Rino Lupo, con «Carmina, flor de Galicia», etcétera..., nos responderán este invierno de modo categórico y definitivo.

A esperar hasta entonces, alegres y confiados, como nuestros hermanos, los ciudadanos del infeliz país imaginado por Benavente para componer la segunda parte de «Los intereses creados».

SÁBELOTODO

Recordança

Any mil nou cents vint i quatre
mal-haja la teva sort!
Tú feres baixà al sepulcre
a nostre eximí cantor.

Pero mentre quedí en vida
al món un sol català,
viurà sempre al cor i al llavis
el record d'En Guimerà!

ROSSEND LLURES

Lithinés del Dr. Gustin

Agua mineral refrescante, alcalina,
digestiva, contra el
Aritmismo, Mal de Piedra, Reumatismo
Depositorios:
Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.
Paseo Industrial, 14 BARCELONA

El retablo de maese Pedro

Guimerá, Galdós y la crisis del teatro

A finales de julio se cumplió el segundo aniversario de la muerte de don Angel Guimerá. Pero aunque no mediara esta circunstancia, el nombre de Guimerá figuraría en este primer número de POPULAR FILM.

El nombre de los inmortales — y Guimerá es uno de ellos — constituye siempre, en cualesquiera circunstancias, una actualidad más viva que todos esos sucesos cotidianos, de diversa índole, que llenan las planas de los periódicos, y muchos de los cuales no valen, ideológicamente, la tinta y el papel empleados en su comentario.

No hay por qué estar al acecho de una fecha luctuosa para llenar de coronas la tumba de quien dió honra o provecho a su Patria, ni para rodear su nombre de adjetivos brillantes. Hay más sinceridad y amor en el tributo aislado, que en el que necesita una fecha determinada y se lleva a cabo en romería. Este es una fiesta, aquél un acto humilde, lleno de emoción religiosa.

Nuestro tributo a don Angel Guimerá es de esta clase.

Las dos figuras más preclaras del teatro nacional contemporáneo, han desaparecido ya, físicamente. ¿Será preciso nombrarlas? Hay tal trastrueque y confusión de valores, está tan depravado el gusto en cuestiones de arte y literatura, que sí se hace necesario mentar el nombre de esas dos cumbres gemelas y resplandecientes del teatro nacional contemporáneo: don Angel Guimerá y don Benito Pérez Galdós.

Ninguno de estos dos genios de la dramática vió el primer sol de su vida en la castiza piel de toro que forma el contorno geográfico de la Península ibérica. Don Benito y don Angel — así les llamaba el pueblo con familiaridad y devoción — eran isleños, de Canarias.

Pero esto no pasa de ser un accidente sin importancia racial en algunos casos. Por sentimientos, jamás empañados por ninguna bastardía, don Angel era catalán y don Benito castellano.

Nadie tan devoto de Castilla como Galdós. Nadie tampoco puso sus amores en Cataluña con tanta ternura y fidelidad como Guimerá.

Lo más grande que tiene Cataluña, por encima de su industria floreciente y de sus inquietudes políticas, que tienden a cristalizar en nuevas normas, es don Angel Guimerá.

Lo más hermoso de Castilla, destacando de sus monumentos arquitectónicos y de sus virtudes de raza, es la novela y el teatro de don Benito Pérez Galdós.

En todo el teatro catalán contemporáneo, no existe un personaje tan real,

tan de carne y hueso y a la vez tan literario — feliz y noble ensambladura de la vida y el arte —, como Manelich.

Manelich, tosco en su traza, rudimentario, sin desbistar, constituye un carácter tan entero y bien definido, que sólo un dramaturgo del genio de Guimerá podía animarlo en el tablado de la farsa. Tiene la figura de Manelich tan colosales proporciones dramáticas, es tan inconfundible, que no tengo reparo en colocarla junto a los personajes más vigorosos de la dramática nacional y extranjera, como *El Abuelo* y *Pepet*, de Galdós; *El tío Vania*, de Chejw; *El*



Profesor Storitzin, de Andreiev; *El Alcalde de Zalamea*, *Hamlet*, *Otelo* y otras sublimes creaciones del teatro mundial, clásico y contemporáneo.

Hacer vivir una figura de éstas, es casi igualarse a Dios en potencia creadora.

Tierra baja, que sirve de fondo dramático a Manelich, perdurará siempre en la historia del teatro catalán.

Atraviesa el teatro español una aguda crisis artística y económica. En realidad, no es sólo el teatro el que está en crisis, ni es únicamente España la que pasa penuria de ideas y de hombres. Basta posar los ojos en cualquier lugar del planeta para convencerse de ello. Pero no sigamos esta ruta, que nos desviaría demasiado del propósito inicial. Sigamos ciñéndonos al tema de la crisis del teatro español.

En la decadencia de nuestro teatro, influyen varios y diversos factores. Pero a mi juicio — tan digno de tomarse en

consideración como cualquier otro—uno de esos factores es primordial. Me refiero a la falta de contenido ideológico de los que cultivan la literatura dramática. No se entienda que lamento la ausencia de ideas políticas en el teatro, sino la idealidad en su sentido más puro. Las obras de tendencia sectaria — *Juan José*, por ejemplo — se me antojan deleznales artísticamente. El teatro no es una tribuna parlamentaria, ni un púlpito, dedicado a la propaganda política o religiosa. El teatro es un arte en el que se mezclan lo divino de la creación con lo humano de la acción, formando una nueva naturaleza más depurada y noble que la simple naturaleza humana.

Si la escena española ha perdido su esplendor, hay que achacarlo, única y exclusivamente, a que las ideas se han substituído con frases, acaso ingeniosas, pero vacías; tal vez punzantes y cortantes, pero no aceradas ni con misión de escalpelo sobre el cuerpo social, y hasta con retruécanos de pésimo gusto.

Este teatro, que nada tiene que ver con el teatro verdadero, con el de Guimerá y Galdós y que, en cambio, es el de Benavente — a excepción de alguna obra, como *Señora Ama* —, el de Linares Rivas, el de Martínez Sierra y el de Muñoz Seca, es el culpable de esa crisis o decadencia de la escena española.

Un teatro que no da carácter a sus personajes; en el que apenas hay acción ni ideas, acaba con los actores, que se aburren de interpretar a simples fantoches discursivos, sin temperamento dramático. Y al acabar con los actores, acaba también con el público, que no puede interesarse en una obra a la que no se asoma un momento tan sólo la humanidad.

Ya sé que otros, la mayoría, achacan la crisis del teatro a los impuestos y gabelas que pesan sobre él; pero esto, aunque algo influye, no es lo esencial, ni lo que reclama remedio más inmediato.

¿Tiene todo esto alguna relación con don Angel Guimerá y con don Benito Pérez Galdós? Sí, la tiene. Porque el día que alumbren la escena catalana y la castellana, unos dramaturgos de la enjundia y vigor cerebral de Guimerá y Galdós, se verá que lo único que salva un arte en quiebra es el genio de quienes lo cultivan.

Lo demás es tirar al blanco con una venda en los ojos.

MATEO SANTOS

**Este número ha sido visado
por la censura**



Valentín de Pedro, autor de «El veneno del tango», estrenado en el teatro Barcelona

Un éxito de Valentín de Pedro El veneno del tango

Se han hecho tantos elogios de la *habilidad* de ciertos autores de comedias, que ésta de Valentín de Pedro, que desconoce esas malas mañas, nos ha parecido excelente. Porque el teatro no ha de ser habilidad, en el sentido que se la elogia y que denigra el vocablo haciéndolo sinónimo de malicia, de picardía, sino arte. Y arte es lo que hay en «El veneno del tango» y no esa habilidad que encomian los gacetilleros y que, preciso es reconocerlo, tanto dinero da a los hábiles Muñoz Seca y Linares Rivas, del teatro español.

«El veneno del tango» tiene emoción dramática, allí donde a su autor le ha interesado que la tenga. Los cuatro actos de que consta la comedia están muy entonados de ambiente: el patio de un conventillo en Buenos Aires; el salón de la casa de Alfredo, el bai-

larín de tango, en París; el cabaret madrileño; el estudio de un pintor en la corte de España.

El patio del conventillo, lleno de color, es algo pintoresco y dramático a la vez, como los patios de casa de vecindad de los barrios bajos madrileños, en ciertas novelas de Baroja, y como los *remos* en alguna crónica de Juan José de Soiza Relly, el gran periodista porteño, ya fallecido.

El diálogo de la comedia de Valentín de Pedro, es fluido, vivo, fácil. Los tipos, de una maravillosa realidad artística. El bailarín de tango; don Evangelisto, el viejo pampero; don Jenaro, el italiano; Pocholo, el muchacho rico y calavera.

Los caracteres femeninos también están bien acusados: el de Mercedes, el de Laura Monterde, la bailarina española.

El argumento, en el que el autor de la comedia nos hace seguir las peripecias de un bailarín — su grandeza y su decadencia —, interesa al público desde la primera escena.

La interpretación de «El veneno del tango», fué excelentísima. Antonia Herrero en el personaje de Mercedes, la muchacha enamorada y buena que abandona su hogar por seguir a su novio en su aventura, está sencillamente estupenda. Sobria de gesto, dando a su voz el matiz justo en cada escena y parlamento. ¡Y aquellas sus manos que tienen más expresión que su rostro!

Manolo París dió tanta realidad a su personaje — Alfredo, el bailarín —, que bien puede decirse que anuló su propia personalidad para ser el otro, en todo momento.

Admirables Manuel Domínguez en sus papeles de Pocholo y el marinero del primer acto, Agustín Povedano en don Jenaro y Amadeo González en don Evangelisto.

Pocas comedias se visten, decoran y representan, tan bien como ésta.

Valentín de Pedro, el brillante escritor argentino, tuvo una noche triunfal.

El público le obligó a salir al proscenio, repetidas veces, al final de cada acto.

Me alegro de todo corazón, porque es amigo y porque ha sabido poner arte, honradez, donde otros, la mayoría, ponen habilidad, malicia, picardía.

M. S.

Saloncillo

Amichatis, trabaja. Luis Capdevila, trabaja. Prepara cada uno de ellos para la próxima temporada teatral, tantas obras como escribió durante su vida Lope de Vega; ni una menos. Esto ha dicho un diario de la noche.

A nosotros nos sorprende, la verdad. Porque sabemos que el popular y simpático Amichatis se pasa el día de pena en pena y de encrucijada en encrucijada del distrito V; y que Capdevila, el exbohemo y nuevo rico, luce su monóculo y su panza burguesa por *dancings* y *cabarets*, y nos preguntamos asombrados: ¿Pero cuándo, a qué hora trabajan estos buenos amigos?

Al autor de «Las pobres millonarias», don Emilio Junoy, que está pasando, entre otras cosas, su quinta juventud, se le puede llamar, sin hacer el ridículo, ilustre, notable, eximio, etc., etc. Lo que no se le puede llamar, sin mentir en su propia cara, es esclarecido. ¿Estamos de acuerdo?

Nos cuentan que el actor y autor don Joaquín Montero recita monólogos por radio. Y que si de voz está algo desentonado, de gesto y de ademán está muy bien.



Lydia Francis, la vedette de las revistas del Cómic



Antonia Herrero, la excelente actriz que ha hecho una creación en «El veneno del tango»



Manolo París, el ilustre actor que triunfó plenamente en «El veneno del tango»

Let us go to garden

(Para piano)

Original del maestro G. Jaura

SHIMMY.

Handwritten musical score for piano, consisting of nine systems of staves. The music is in 2/4 time and features various dynamics and articulations. The key signature changes from one flat to two sharps. The score includes a repeat sign with first and second endings, and a "2ª vez 8ª y ff" marking.



J. Quintanilla Faura

Cómo se hace una película

Curiosas particularidades de su ejecución

El espectador que se sienta en una platea de biógrafo, no conoce, generalmente, el trabajo que representa aquel film que, en una hora, se desarrolla ante su vista.

Ante todo, una película requiere el libro; los autores de asuntos cinematográficos necesitan tener un conocimiento especial de lo que el cinematógrafo es: por esa razón, muchos aplaudidos autores teatrales y novelistas han fracasado al intentar escribir directamente para el cinematógrafo; en cambio, los autores cinematográficos saben adaptar para la pantalla una obra teatral o novela, de una manera que el propio autor no sería capaz de hacerlo.

El libro cinematográfico se divide en tantas escenas como cuadros tiene una cinta, lo que no es tarea tan fácil como parece. El director de escena estudia el libro y decide la división del trabajo en «interiores», o sean las escenas que deben filmarse en el taller, y «exteriores», que son las escenas que se filman al aire libre.

Los «interiores» se realizan o con luz del día, a través de cristales convenientemente esmerilados, o en talleres opacos, iluminados con luz artificial, una luz viva, de arco, en la que los rayos ultravioleta juegan un papel importante.

Los «exteriores» se filman en cualquier parte; donde el director de escena cree que puede desarrollarse la acción de sus cuadros. Esos magníficos palacios y jardines, son a veces los jardines públicos, y los palacios pertenecen a particularidades que, de buena gana, dan el permiso de filmar las escenas necesarias, a la puerta de sus viviendas.

Hay «interiores» que son realmente «exteriores» porque se llevan lámparas portátiles que iluminan los «interiores» de casas auténticas; pero ese sistema tiene muchos inconvenientes; además del fotográfico existe el mayor obstáculo técnico de la distancia, porque generalmente las habitaciones no poseen las dimensiones que se necesitan para colocar la máquina de impresionar de manera que la perspectiva consienta el desarrollo de las escenas.

Hay «exteriores» que son realmente «interiores» porque en el taller se reconstruyen; por ejemplo, todos los «exteriores» de la película «Sigfrido» están hechos en el taller.

En el taller se construyen esas magníficas salas; esos cabarets inmensos, las grutas, los despachos; todo lo que en la cinta

se ve y que parece filmado en sitios reales. Esas construcciones están hechas, casi siempre, como esas habitaciones de las muñecas que tienen dos o tres paredes y les falta el techo. Más allá de donde la máquina de impresionar abarca, salen los extremos de los listones que sujetan los decorados, como brazos de esqueletos monstruosos.

La máquina de impresionar, que está a cargo del operador, se coloca ante las escenas que se filman. A su lado está el director. Cuando el operador ha terminado de situar su máquina y de enfocar bien el cuadro, el director explica a los artistas la escena que ha de representarse, y se ensaya, una, dos, tres, tantas veces como el director crea conveniente, hasta que él «ha visto» la escena perfecta. Entonces se filma. A veces, mientras se filma, el director ve un defecto, y o interrumpe la impresión o se vuelve a filmar la escena.

Las escenas se impresionan sin orden alguno; es decir, no se empieza a filmar por

propiamente dichas, y el detalle esas caras grandes que expresan un sentimiento o una mano que se aprieta, un pie que golpea, un dedo que oscila, un ojo que guiña. Los detalles se hacen independientemente de la escena de conjunto, y luego el director debe colocarlo en el sitio de la cinta que le corresponde.

El actor cinematográfico debe entrar en situación fríamente; no le sucede como al del teatro que, al levantarse el telón y frente al público, con la luz de la batería, entra en situación por el desarrollo natural de la obra. En cinematógrafo, como se hace por trozos, el actor debe entrar en situación «a la voz de mando», pues, a veces, tiene que representar la continuación de una escena que filmó una semana antes; se da el caso de un personaje que entra desesperado por una puerta, y luego, una semana después, debe salir por aquella puerta a otra habitación, y necesariamente debe tener el mismo estado de desesperación que tuvo al entrar por la puerta, una semana antes. Estas cualidades específicas hacen que los actores cinematográficos sean de un carácter peculiar, y por eso muchos eminentes actores dramáticos fracasan en la

pantalla. El teatro y el cine son dos artes distintos.

La industria cinematográfica nacional argentina se encuentra en un estado rudimentario, y hasta ahora no se han hecho más que ensayos acerdadados, algunos de los que demuestran que se puede constituir aquí una industria seria y potente.

No hay que olvidar que en los Estados Unidos, la industria cinematográfica es la «tercera industria» del país. Aquí podría llegar a tener mucha más importancia que la hacienda, porque en la Argentina existen todos los elementos naturales que se requieren para el éxito. Basta que el capital se atreva a lanzarse en

esa aventura, colocándose en manos honestas y eficaces. Aquí se puede producir para la exportación, lo mismo que en Norteamérica, pues teniendo los mismos elementos, existe en este país una cualidad superior a los yanquis, y es el temperamento racial argentino, que es más apasionado que el anglosajón.

Terminada de filmar toda la cinta, el director forma su copia de prueba y va uniendo todos los pedacitos de «positivo», intercalando las leyendas. Para esta operación, el director debe usar las tijeras que, en cinematógrafo, tienen una importancia colosal, pues del «corte» depende el éxito de muchas escenas. En el corte de las escenas, para ligarlas bien, está el mayor mérito de un director.

Pasada en proyección la copia de prueba, aprobada ya por el director antes, y después



Theodore Kosloff, con varias bailarinas de la Paramount, durante el descanso de una película, en un rincón del estudio

la primera escena; a veces, la última escena es la primera que se filma porque así lo requiere el reparto del trabajo hecho por el director, y se da el caso de que los artistas «mueren» antes de empezar a vivir. Las escenas se van filmando pedazo por pedazo, y esos cuadros, destacados, son los que después el director une, para formar la cinta.

Los artistas cinematográficos deben pintarse con ciertos colores, a base del blanco, que destaca sus rostros, pues sin pintarse, las caras son negras. Por eso, algunas veces algunos artistas que no se pintan las manos aparecen en la pantalla con rostros claros y manos oscuras.

Las escenas filmadas se revelan como una placa fotográfica, y después de obtener el «negativo», se obtiene el «positivo» para formar la cinta de prueba.

Los cuadros tienen el conjunto y el detalle. El conjunto lo constituyen las escenas

MASCARILLAS DEL FILM

HAROLD LLOYD



Norma Talmadge, la más espiritual de las «estrellas» del cine



Buster Keaton, el hombre que nunca ríe... y hace reír a los demás

por los directorios de las casas productoras, se cortan los «negativos», de acuerdo con la copia de prueba, y una vez cortados y con un índice de los «negativos», que se numeran, y las leyendas, se pueden sacar de los «negativos» cuantas copias sean necesarias, que se venden en todo el mundo, cambiando el idioma de las leyendas, según para el país donde se envían.

El trabajo cinematográfico es muy violento; mientras se filma una cinta, se trabaja con una gran intensidad; de la mañana a la noche, y a veces por la noche, en el taller, con luz artificial. Cuando se va a filmar «exteriores» hay que esperar, muchas veces, varias horas, hasta que el sol brille.

Los efectos de luna son siempre filmados a pleno sol, y luego, en la tintura que se da al «positivo», está el secreto de la luna cinematográfica.

Casi todas las proezas que el público ve, son sencillos «trucos» que no arriesgan la vida de los actores para nada.

Voy a poner un ejemplo: últimamente se ha pasado en los salones porteños una cinta que se llama «Cuidado, no pierdas el equilibrio». En esa cinta, la protagonista trepa por un edificio de Nueva York, y está en peligro constante de caer, desde un décimo piso a la calle.

Pues nada tan sencillo como ese efecto: El «negativo» se impresiona dos veces: una con la calle de Nueva York abajo, desde una altura de quinto piso, efectivamente, pero «sin artistas», y la segunda, «con los artistas», pero entonces ellos hacen sus evoluciones en ventanas que están a la altura del suelo, y con un fondo negro, la película se impresiona otra vez, como si, en efecto, todas aquellas evoluciones, que se ejecutaron a un metro del suelo, se hubieran realizado a mil metros de altura.

Nada hay tan desilusionante como ver de cerca filmar una cinta.

Es como en la vida.

Ya lo dijo Napoleón: «Los grandes hombres, de cerca, pierden».

ABELARDO FERNÁNDEZ ARIAS

Para la mayor parte de los que colaboran en pro de un arte y se ven favorecidos por la fama, la conquista de un nombre capaz de romper el oscuro anónimo, fué para ellos fantasma de hosca catadura, que muchas veces llevó el desaliento a su espíritu, únicamente defendido de la inmensa pujanza del coloso por la fiebre de la anormalidad — la mayoría de los artistas son anormales — que abrasaba su espíritu y por el sol de juventud que les prestara la potente maza que andando el tiempo habría de demoler la pétrea contextura del deforme coloso que tratara de detener su marcha hacia la cima, aniquilando sus energías todas.

No fué un exceptuado de esta regla Harold Lloyd, y tristes días hubo de pasar antes de que las auras de la popularidad le besaran la frente.

Nació en Burchard, pequeño pueblecito del Estado de Nebraska, y tiene en la actualidad treinta y tres años, durante los cuales vió cara a cara el seco rostro de la miseria, y conoció la mayor parte de los dolores que la vida nos suele reservar.

No conocía el cinematógrafo, y fué en San Diego donde, por primera vez, vió una cámara fotográfica. La compañía Edison, que tenían un estudio en Long Beach (California), había llegado a San Diego con objeto de tomar unos exteriores. Acudieron a la escuela de arte dramático para la elección de algunos «extras», encomendando un papel insignificante a Harold. Hacía de piel roja y estaba verdaderamente atroz, según el mismo cuenta en sus memorias.

No acompañaba la fortuna los primeros pasos de Harold, que vió como los suyos llegaban a la ruina. Al principio todo fué bien, la compañía y la escuela dramática; pero no tardó mucho en deshacerse la primera y en cerrarse la segunda. Su padre y su hermano habían pasado a Los Angeles.

Ocurrió que Hal Roach, aficionado a la pluma y habiendo ganado algún dinero, quiso impresionar sus argumentos, y contrató para ello a Harold Lloyd, su compañero en la Universal.



Harold Lloyd, que comparte el reinado de la risa con «Charlot» y «Pamplina»

El negocio marchaba viento en popa, y las comedias iban cada día teniendo más éxito; pero Harold tuvo algunas dificultades económicas con Hal Roach y abandonó su compañía para ingresar en la Kystone, en la que, aun ganando menos, valía la pena estar para estudiar al lado de Tor Sterling y de Mabel Normand.

Nuevamente llamado por Hal Roach para impresionar algunas películas para la casa Pathé, creó un tipo cómico al que dió el nombre de Lonesome Luke, impresionando interesantísimas películas con Bebé Daniels, de la que se enamoró rendidamente, teniendo la suerte de verse correspondido. Fué uno de esos amores platónicos de la primera juventud, cuyas flores se marchitaron pronto abrasadas por más potentes rayos; sin embargo, tan agradable fué el recuerdo de aquella vaga ilusión, que aún perdura un afecto sincero en sus espíritus que se ha traducido en una segura amistad.

La nueva serie de comedias fué recibida con general aplauso por el mundo entero, que colocó el nombre de este simpático actor entre los de los ases de la pantalla. Pero la desgracia no se había cansado aún de perseguirle, y en esta época fué cuando le asañó con más dureza.

Encontrábase tomando varias fotografías cómicas, y encendía en la mecha de una bomba que creía sin pólvora, un cigarrillo de papel. La mecha del aparato destructor seguía su camino ante la impasibilidad de Harold y de los demás circunstantes, que no esperaban la explosión que echó por tierra el abrasado e mármene cuerpo del actor.

Una vez por completo restablecido, y habiendo perdido a Bebé Daniels, ventajosamente contratada por la Paramount, encontró, después de infinitas pesquisas, a Mildred Davis, encantadora ingenua que el destino le preparó para que se convirtiera en su esposa. Tardó mucho Mildred en decidirse a abandonar la pantalla, porque era una enamorada de su arte. Pero el amor es «el poderoso señor», y un nuevo ideal nació en su alma, que hoy se reparte entre su joven esposo y su hija Gloria Mildred, en la que se unen los amores de ambos esposos.

Nueva Sociedad para la filmación de películas

"LA POPULAR FILMS"

Sabemos que al amparo de este nombre se está formando en Barcelona una nueva Sociedad para la filmación de películas en España.

Tan interesante es este asunto, que no queremos faltar nuestra opinión a los organizadores, que tan honradamente la piden desde la prensa, a todos los que interesa tan importante manifestación artística y económica.

Lo esencial para que este difícil arte arraigue en nuestro país — que no se lanzó a empresas de esta índole más que con pobreza e inseguridad — es que a más de contar la nueva Empresa con segura independencia económica, procure hacer un estudio prolijo de todo lo concerniente a lo que podríamos llamar «ciencia cinematográfica», y se cree una dirección artística de capacidad reconocida y especializada y de una dirección escénica ducha en todos los trucos cinematográficos y que haya determinado y definido sus aptitudes en empresas similares del extranjero, pues en nuestro país en esta materia caminamos con inseguridad a pesar de que en los últimos tiempos se haya logrado filmar alguna película con sentido común.

He hablado de dirección artística y dirección escénica, y voy a definir ambas aptitudes difíciles de concretarse en una misma individualidad. Llamo dirección artística, para diferenciarla de la dirección escénica, a la encargada de la elección de asuntos, definición de caracteres, fijación de ambientes, estudio de estilos, caracterizaciones, decorados, etcétera, etc., y dirección escénica a la que está encomendada la labor técnica esencial en esta nueva manifestación ar-

tística que llamamos cinematógrafo. Es imprescindible, además, que entre una y otra dirección exista una compenetración intensa, pues aunque están bien diferenciadas ambas labores, tienen puntos de contacto en los cuales se hace imprescindible una unificación de estudios y puntos de vista que habrán de dar lugar a que la obra desarrollada alcance la perfección a que nos tiene acostumbrados la moderna industria cinematográfica.

Otro de los más importantes puntos a estudiar y que debe de quedar bien definido, es aquel que se refiere a la elección de asuntos, pues si bien es verdad que no requiere la obra cinematográfica que las obras a desarrollar sean obras de tesis, precisa, en cambio, una perfecta determinación de caracteres y un completo desarrollo de ideas que únicamente pueden vivir dentro del arte al que en la vida le está encomendada tan ardua y difícil labor, y que no es otro que el arte literario a cuyo amparo viven todas las excelencias imaginativas a las que el genio o el intelecto de los mejor preparados dió en todas las épocas desarrollo perfecto y ejemplar modalidad artística, dentro de cuyo campo puede esta nueva manifestación de la industria hispana, encontrar cantera de inagotable filón e intensa belleza.

Sírvanos esta pequeña disertación de adhesión a los organizadores, a los que deseamos toda clase de facilidades y éxitos en el camino que emprendieron, y puede ser, andando el tiempo, manantial inagotable de riquezas para la economía nacional.

sombra gris sobre los párpados. Para la calle, cuenta, no emplea más que polvos rosa y blancos mezclados, «rimel» en las pestañas y carmín acentuado en la boca; este último requisito es para Mae Murray tan indispensable como sus botinas.

La pipa vacía

John Ford, el principal intérprete de «El caballo de hierro», es un gran fumador de pipa, la que no abandona más que cuando dirige alguna escena que exige toda su atención. Unas veces la lleva entre los dientes, apagada, durante una o dos horas, y otras la abandona sobre su sillón, mientras aconseja a los intérpretes de alguna escena interesante.

Uno de sus amigos más íntimos, conocedor de esta su costumbre, quiso jugarle la broma siguiente:

John Ford, que se encontraba en una escena delicada, se había desembarazado de su querida pipa, que acabara de encender, y que el bromista, al ver abandonada, vació rápidamente. Al cabo de un instante, John Ford, distraído, entra en posesión de su pipa, que al ver vacía, vuelve a cargar y encender, teniendo que volver a abandonarla sobre su sillón para intervenir en otra escena difícil, abandono que aprovecha el amigo para volverla a vaciar.

John Ford, durante toda la mañana, no hizo otra cosa que cargar su siempre vaciada pipa, hasta que acaba toda la provisión de tabaco sin haber conseguido fumar una pipa completa. Llegada la tarde, pregunta la causa de aquel fenómeno que ha conseguido vaciar su bolsa.

Un asistente se encarga de darle la necesaria explicación, y como John Ford tiene buen carácter, ríe con gusto la broma, pero exige al bromista le suministre tabaco durante todo el día, con lo cual no le vuelven a quedar ganas de vaciar la querida pipa de John Ford.

Nuestra portada

Figuran en ella dos artistas famosos de la pantalla: Mary Pickford y Douglas Fairbanks.

Hemos creído conveniente empezar por los esposos Fairbanks, por la popularidad, bien ganada, de que gozan en el mundo entero. Además, era necesario desagraviar a los que hace muy pocos años fueron huéspedes de Barcelona y de otras ciudades de España, de la patriotería de algunos, indígenas nuestros, que propalaron la noticia de que Douglas y su linda esposa habían difamado a España en una película, noticia cuya falsedad se ha comprobado y que el gobierno español fué el primero en desmentir.

Los estudios de Hollywood, sitiados por los suecos

Desde algún tiempo a esta parte, los estudios de Hollywood están sitiados por los «metteurs en scène» y artistas suecos que llegan a California con el propósito de hacer fortuna.

Se recuerda que el primero fué el famoso Víctor Sjöström, autor de «La carreta del fantasma», que trabaja por cuenta de una casa americana, y que no habla nunca de volver a Escandinavia. Su antiguo compañero de la Svenka, Mauricio Stiller, trata de volverse a reunir con él en el «país de la película», acompañado de varios artistas suecos a los que

La novia lejana

Los artistas franceses se quejan de la pesada indiscreción de ciertas de sus admiradoras, que llegan a introducirse en sus casas con objeto de pedirles fotografías, y a veces hasta para hacerles una declaración de amor en regla. Pero, ¿qué dirían estos señores si tuviesen que vivir en América?

Los artistas de Hollywood se ven obligados a tomar verdaderas precauciones para colocarse a cubierto de las jóvenes decididas a todo con tal de tenerles por esposos.

Ricardo Cortez recibía de hacía largo tiempo cartas que llegaban a él desde un Estado americano bastante alejado de California, a las cuales nunca contestó por razón de su carácter que se burlaba de tales misivas.

La joven admiradora, persuadida de que llegaría a lograr sus deseos, consigue reunir la plata necesaria para el viaje, y se presenta un buen día en Hollywood. Su primer paso es presentarse en casa de Ricardo Cortez, donde fué recibida por Alma Rubens, con la que había de casarse poco después el simpático intérprete de «Boite de nuit».

No dándose cuenta de lo que hacía la alocada muchacha, tiene la audacia, o mejor dicho, la inconsciencia de tomar a Alma Rubens como confidente, dándole cuenta de sus

proyectos matrimoniales, y diciéndole que es «la novia lejana» de Ricardo Cortez, a lo que contesta Alma Rubens con una sonrisita desconcertante:

—Yo, señorita, soy la mujer legítima de Ricardo, y no hace mucho tiempo que estamos casados. Pero aunque el divorcio está un poco lejano, si usted tiene a bien dejarme su dirección, yo la prometo darla aviso cuando llegue su hora.

La «novia lejana», como ustedes comprenderán, prefiere desaparecer.

El gran secreto de Mae Murray

La bellísima Mae Murray, cuya belleza se conserva en sin igual lozanía, cuenta que fué siempre devota de la danza, y a ella dedica unas horas del día, lo que unido a sus largos paseos y a un ligero masaje que se aplica todas las mañanas, hace que conserve su cuerpo la delicada eutritmia de su línea y la graciosa y rítmica desenvoltura que le caracteriza.

Cada dos meses, durante un espacio de diez días sujétase a un régimen lácteo, no tomando durante el resto más que legumbres, frutas y carne asada en pequeña proporción.

Su «maquillaje» para posar ante el objetivo los integran, una capa de pasta rosada, mucho carmín en los labios y una leve

interesaba, desde hace tiempo, probar fortuna en esta forma.

Greta Garbo, que logró tanto éxito en Francia como intérprete de «La calle sin alegría», ha vuelto también a Hollywood, y su interpretación de «El Torrente», de Blasco Ibáñez, le ha parecido espléndida al novelista español.

Pero el más reciente recluta que ha enviado Suecia al sitio de Hollywood, ha sido Joyce Coad, una preciosa chiquilla, que trabaja con Norma Shearer en «El diablo del circo», bajo la dirección de Benjamín Christianson, otro sueco internado en el estudio de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Constanza Talmadge, se casa

En Hollywood se anuncia un nuevo casamiento: el de la «estrella» Constanza Talmadge con M. Mac Intoch, figura muy conocida en la buena sociedad londinense.

M. Mac Intoch y Constanza Talmadge se conocían desde hace mucho tiempo y conservaban una buena amistad. De pronto, M. Mac Intoch se decide a pedir la mano de Constanza Talmadge; pero como él reside en Inglaterra y la graciosa artista en América, la petición fué hecha por cable.

M. Mac Intoch, inglés de pura cepa, se ha portado en esta ocasión como un americano, usando un procedimiento muy cinematográfico por lo rápido.

Cada vez abundan más las uniones de este género cuando uno de los novios es artista de la pantalla, cosa harto explicable por la fiebre de velocidad que comunica el cine a los que viven a él consagrados.

Gacetilla cinematográfica

La Metro Goldwyn ha trasladado sus oficinas de alquiler de películas a la calle de Mallorca, 220 (esquina a la de Balmes), por ser insuficientes para el desarrollo adquirido por esta casa, las que tenía instaladas en la Rambla de Cataluña, 122.

Por igual causa, la Hispano Foxfilm ha montado las secciones de Gerencia, Publicidad y Contabilidad, en el entresuelo de la misma casa de la calle de Valencia, 280, en cuyos bajos seguirán instaladas las de Alquiler, Envíos, Montaje y Repaso.

Ha sido nombrado jefe de publicidad de la Metro Goldwyn, nuestro querido compañero en la Prensa, don Damián Molino.

Felicitemos cordialmente al excelente periodista cinematográfico y a la Metro Goldwyn por su acertada elección.

Están terminándose las obras de construcción del nuevo salón de cine de la calle Santa Ana y Rambla, que se inaugurará la próxima temporada.

Popular Film

le informará a usted
semanalmente de todas
las novedades cinematográficas del mundo.

Las películas de la Alianza Cinematográfica Europea

De nuestro corresponsal en París

La segunda serie de presentaciones de la Alianza Cinematográfica Europea, ha superado a la anterior, en la que figuraban estas cuatro películas: «Varietés», «El cazador furtivo», «La pequeña telefonista» y «El rápido del Amor».

Seis son los títulos que componen esta segunda serie, que irá citando al dar una breve versión de cada película.

«Los hermanos Schellenberg», versión cinematográfica de la novela de Kellermann, es un drama sólidamente construido, rico en situaciones imprevistas y escenas trágicas.

Conrad Veidt, protagonista del drama, se revela en este film, del que son *metteurs en scène*, Willy Haas y Karl Grüne, este último alemán, como un excelente trágico.

El papel que ha correspondido a la bellísima Lil Dagover en «Los hermanos Schellenberg» no puede ser más antipático, pero lo interpreta de un modo tan maravilloso, que nos encanta y seduce.

«El colono de Texas» es una de esas películas en las que uno se cansa de seguir su desarrollo, en que no se alcanza su valor intrínseco, en que no se puede apreciar bien la *mise en scène* ni la interpretación. Pero por fortuna, no todo es de la misma calidad. Burla burlando, consigue distraer, gracias a la técnica americana, que consiste en dosificar, sabiamente, los efectos y los contrastes, y en «El colono de Texas» lo logra planteando, una vez más, el conflicto, verdaderamente trágico, entre dos razas, dos mentalidades, dos sangres.

En la interpretación, de alto valor artístico, sobresalen: Mady Christians, en el papel de madre ofendida que lucha por la felicidad de sus hijos; Lilian Hall Davis, ingenua atormentada por el amor filial y por el amor a un hombre; Edwards Burns, colono de Texas, atlético y amoroso, al que nada arredra. Willy Fritsch, sobre el que pesa la fatalidad.

«Amor riego» es una bella comedia, llena de sutileza y de ironía. En ella se nos muestra la odisea de un marido ligero, que hace la corte a su mujer sin conocerla.

Mujeres argumentistas y directoras de películas

Luisa Weber, actriz y escritora yanqui, es la primera mujer que ha dirigido una película.

Ahora acaba de estrenarse otra película suya — «La feria del mundo» — con éxito extraordinario.

Esta doble cualidad de directora de films y autora de argumentos de Luisa Weber, plantea esta doble cuestión: ¿Pueden dirigir películas las mujeres? ¿Son aptas las hijas de Eva para escribir argumentos?

Indudablemente, sí. Está muy lejos aquella teoría de Shopenhauer de las ideas cortas y los cabellos largos, no porque la haya destruido la melena a la *garçon*, que esto sería ridículo, sino porque la mujer de hoy está más cultivada, intelectualmente, que la de ayer.

También fué una escritora yanqui la que hizo el escenario cinematográfico de «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», y Blasco Ibáñez confesó, al leerlo, que él no lo habría realizado con tanta maestría.

De estos hechos se deduce que la mujer moderna tiene en el cine un amplio campo donde lucir sus aptitudes como actriz, como directora de películas o como argumentista.

Y... ¿quién sabe! Acaso lo hagan mejor que los hombres.

Un doctor, que cree tener un gran poder hipnótico, está enamorado de la joven, que por reconquistar a su esposo, usa de todas las armas de la seducción y de la coquetería.

Sabiamente maquillada y con una película que la desfigura por completo, logra al fin seducir a su marido, sin que éste la reconozca.

Lil Dagover, es la joven esposa excéntrica, vaporosa, coqueta; George Alexander, el marido y Conrad Veidt, el doctor. En cuanto a Lilian Hall Davis, encarna a maravilla la preciosa criatura que fué en todo tiempo terror de las casadas... y consuelo de maridos frívolos.

«Fuerza y Belleza» es un canto al cuerpo humano: magnífico por la fuerza del músculo, joven por su belleza.

En esta película se ofrece el vivo contraste entre una juventud envejecida y debilitada antes de tiempo y una nueva generación bella y fuerte, que acude a las escuelas de danza para dar elasticidad, ligereza a los miembros y que practica la gimnasia rítmica para que su cuerpo sea vigoroso y tenga la debida armonía.

En «El violinista de Florencia» se nos revela una joven artista que no conocíamos, y en la que hemos puesto grandes esperanzas: Elisabeth Bergner.

El escenario de Paul Czinner evidencia la maestría y buen gusto de este *metteur en scène* alemán.

La acción de «La isla de los sueños», melodrama cinematográfico, abunda en peripecias imprevistas y en escenas punzantes.

Se aparta por completo del género de las otras producciones que nos ha presentado la A. C. E.

Los principales intérpretes de «La isla de los sueños», son: Harry Liedtke, admirable de expresión; Liane Haid, que se nos muestra como una estupenda actriz dramática, y Alfons Fryland, actor de positivo talento.

En resumen: la Alianza Cinematográfica Europea nos ha presentado una selección en extremo interesante.

Mae Murray merecería ser morena y sevillana

Mae Murray se ha comprado en los Angeles un hotel de puro estilo español.

Y antes de partir para Berlín, donde ha sido contratada por una Empresa alemana para figurar como protagonista en varias películas europeas, piensa despedirse de sus amistades con una gran comida compuesta de platos y vinos españoles.

Por esta simpatía a todo lo español y por su gracia picante, la bellísima «estrella» yanqui merecería ser morena y sevillana.

Pavanelli bate el record de velocidad

El actor Pavanelli, que fué compañero de la Duse, la famosísima actriz, y que ha creado un papel muy importante en la película francesa «Mlle. Josette, ma femme», acaba de batir el record de velocidad.

El miércoles de la semana pasada estaba camino de Evian para tomar los exteriores de dicho film; el jueves se encontraba en París, adonde fué llamado para que tomara parte en una velada teatral; el viernes actuó en Berlín, y el sábado volvió a Evian.

LA MODA EN EL CINE

Los pantalones Oxford, el pelo corto, el bigote de Charlot, el suicidio de Max Linder y el sombrero de Pamplinas

No siempre lanzan las modas los grandes modistos y sastres de París, Londres y Nueva York. A veces es un individuo de casta real quien impone al mundo una moda. Los pantalones Oxford o pata de elefante — por ejemplo —, ¿no es una invención del príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra? Y ya lo veis, hasta aquí en España, donde con tanto retraso suelen llegar toda clase de modas, las que se refieren a la indumentaria y las que tienen una categoría puramente estética o ética — artística, literaria o política —, hay ya una invasión de pantalones Oxford o pata de elefantes que, a pesar de su holgada traza, es la mínima cantidad de pantalones que conocemos, en un sentido de masculinidad.

Otra cosa es la moda femenina del pelo corto, ésta lanzada por una célebre «estrella» del séptimo arte: Constanza Talmadge. Y decimos que es otra cosa, no por la diferencia que existe entre unos pantalones y un peinado, pues esta diferencia no valdría la pena de señalarla, toda vez que ella sola se señala, sino por otra razón de origen estético. He aquí: el pantalón Oxford, y que nos perdone S. A. R. el príncipe de Gales, desdibuja al hombre que los usa en cuanto a línea y en cuanto a prestancia masculina, mientras que la melena a la *garçon*, si bien resta feminidad a la mujer, no disminuye la belleza de su rostro, ni le quita gracia a la totalidad de su persona.

Por otra parte, siempre aceptaremos mejor una moda femenina, que ha de ser horrible para que la mujer pierda su esencia; es decir, su gracia, el encanto de la feminidad, que una moda masculina por poco extravagante que sea. El hombre, para conservar su prestancia,



Constanza Talmadge, que impuso la moda del pelo corto

ha de mantenerse en todo — así en indumentaria como en ideas — fuera de la opereta y del vodevil. En cuanto sirva como figura de escenario de opereta o de vodevil, está perdido como hombre íntegro, aunque gane como *cosa decorativa*.

Acaso se arguya que mi condición femenina me hace ver con simpatía todo cuanto se relacione con la mujer, y con antipatía o con reserva, por lo menos, cuanto se refiera al hombre. Nada tan disparatado como esta suposición. Ni nada tan malicioso tampoco. Es más; lógicamente, una mujer debe mirar siempre con más simpatía todo cuanto se refiere al sexo contrario, que lo que se relaciona con ella misma. Pero es que en ciertos casos... ¡Vamos! ¿Quién se atreve a negar que a muchas mujeres le está bien el pelo corto y a ningún hombre el pantalón pata de elefante?

Otras modas, además de esta del pelo corto, se han lanzado e impuesto desde la pantalla. ¿Y qué mejor elemento de propaganda e información que el cine?

El minúsculo bigotito que lucen — es un decir — muchos hombres, lo impuso el gran Charlot, que empezó a usarlo como elemento cómico en sus películas. Pero lo que en Charlot es postizo, lo que en el estupendo mimo no es más que un detalle cómico, una fina humorada, un sentido muy sutil de lo grotesco, en los demás es una exigencia de la moda, exigencia que conservan con toda seriedad, entre nariz y boca, muchos graves varones: magistrados, banqueros, militares, aristócratas...

Charlot, con una ficción como es su bigotito, ha vencido nada menos que a

Guillermo de Hollenzohern, desterrando para siempre del rostro varonil los mostachos en punta a lo kaiser.

Y ya no es probable que se lleve el bigote a lo kaiser, el bigote enhiesto, de guías agudas como lanzas, a pesar de que Guillermo de Hollenzohern se ha metido a peliculero, y es de suponer que aparezca en el blanco lienzo con su fiero mostacho, como tampoco es probable que ante el objetivo sea su gesto tan dramático como el de un Lord Chaney, ni tan cómico como el de un Charlot. Y eso que Guillermo de Hollenzohern fué hombre de grandes gestos durante su reinado.

El pantalón de corte a rayas es otra de las modas lanzada desde la pantalla por el inolvidable Max Linder, que hizo su última pirueta fuera del lienzo, suicidándose por medio del veneno. Hay quien asegura que por amor, como Wherter y como Larra, y hay quien dice que por miedo a la vejez, lo cual no dejaría tampoco de ser un gesto romántico.

Ha sido necesario que Max Linder se suicidara para que se haya impuesto la moda del pantalón Oxford.

¿Se nos permite una profecía? ¿Sí? Pues allá va: No transcurrirá mucho tiempo sin que se ponga de moda el sombrero extraplano del célebre Buster Keaton (Pamplinas), tan absurdo, por lo menos — el sombrero, no el simpático Buster — como el bigotito de Charlot.

Y es que, amiga lectora, amable lector, la influencia del cine en la moda, en las costumbres y hasta en la moral, es decisiva.

MISS GLADYS



Charles Chaplin, sin el bigotito en que aparece en sus películas



Max Linder, que lanzó la moda del pantalón a rayas

Museo fotográfico de POPULAR FILM



D. ANGEL GUIMERÀ

cuyo segundo aniversario de su muerte se cumplió el día 18 de julio

Popularfilm

La escena muda

Estreno en el Kursaal y el Cataluña de "Compañera te doy...", exclusiva de Julio César, S. A.

Es este un film que aunque no tiene la categoría de superproducción, no deja por eso de ser una de esas admirables comedias, cuyo fondo eminentemente moral, la coloca a mayor altura que toda esa estúpida colección de films, cuya única preocupación consiste en demostrarnos que vivimos en el siglo de los puñetazos, y cuyo principal intento estriba en presentar a nuestra vista al que los americanos han dado en llamar moderno Quijote, que suele ser, en la mayoría de los casos, un perfecto pelele, sujeto a todo lo exterior y sin ninguna preocupación de orden interno que le defina.

El asunto de «Compañera te doy», es altamente moral, y dedicado a demostrar lo fácilmente que se liman los caracteres, aun los mejor forjados, cuando el corazón no se perdió del todo en la lucha diaria, y conserva, aunque muy escondidas, esenciales bondades que le hicieron acreedor al cariño de los que le rodean y notan las amarguras en que se anega su espíritu de continuo, flagelado por los sinsabores y los enconos con que la dura ley de vida paga sus esfuerzos. Perfecta conclusión es esta, su amargura, que agria caracteres y agudiza los malos humores que trastornan la cotidiana existencia y se traducen en disgustos sin cuento y anormalidades perjudiciales para todo afecto sincero. Pero es tanto el orgullo del hombre y está tan acostumbrado a limitar el radio de acción de la mujer, que únicamente cuando se le ha demostrado su misma debilidad, es cuando vuelve sus ojos hacia el corazón y comprende el pasado error, volviendo a unir los lazos que la vida desataba y le separaban de los seres a los que martirizó con su desmedido orgullo y su poca comprensión.

Este es el caso de Víctor Frandsen, cuya esposa Ida, tiene que abandonarle para atraerle al buen camino, aconsejada por la vieja nodriza de Víctor, carácter formidablemente bien trazado y que dentro de su débil fortaleza logra hacer capitular al soberano de aquel hogar hasta convertirle en un niño grande, desoso de enmendar el daño causado a los que de veras le quieren.

Protagonista de la comedia, da vida a su papel de madre y esposa con verdadero acierto, a pesar de la dificultad que encierra el tono menor en que ha de desenvolver su labor.

La presentación adecuada al ambiente, y muy ajustada al plano insignificante en el que se desarrollan las vidas de los protagonistas.

Vidal y Planas se propone trabajar intensamente

El popular autor de «Santa Isabel de Ceres», Alfonso Vidal y Planas, que ha fijado su residencia en nuestra ciudad, se propone realizar una intensa labor literaria.

Esperamos que Vidal y Planas, que cultiva, alternativamente, el teatro y la novela, nos sorprenderá pronto con un libro o con una comedia, digna de su temperamento de gran artista.

Teatro popular en castellano

Aunque es pronto aún para adelantar nombres y fijar fecha, no lo es para decir que la creación en Barcelona de un teatro popular en castellano es ya un hecho. Y es un hecho porque sus creadores están percatados de que este teatro constituye una necesidad artística.

Barcelona, aparte, naturalmente, del teatro catalán, vive en los escenarios a expensas de los autores madrileños. Si las obras de estos autores tuvieran el valor y decoro artístico, la ponderación dramática necesarios, sería tolerable que fueran dueños de los tabladillos barceloneses, abiertos al culto de Talía. Pero como esos dramaturgos, comediógrafos y saineteros, aunque muchos, en cantidad, apenas suman dos en calidad, resulta intolerable que nos hagan tragar a la fuerza sus esferpentos dramáticos y sus vaciedades y tonterías escenificadas.

La cortesía y la tolerancia, en casos como éste, pica en estupidez, sobre todo cuando la pagan con un adjetivo como el de paleta.

Hay que demostrar que Barcelona no necesita intelectualmente de Madrid. Y bueno sería que la Prensa de aquí, no se mostrara tan suave, y menos aún tan elogiadora con los autores dramáticos, novelistas y escritores de la meseta, que no lo merezcan por la honradez y valor de sus obras. Claro que mientras no se haga esto, que es lo plausible en un sentido de dignidad periodística, mereceremos que nos tomen por paletos y por papanatas.

Los creadores del teatro popular en castellano, en su campo de acción, están decididos a seguir esta conducta, tan benéfica para el arte y para la verdad.

Formarán este teatro, reposiciones de obras que pertenecen a nuestro teatro clásico; otras de autores rusos, desconocidas en España, y de autores barceloneses, algunos de estos noveles.

Esta es la única forma de averiguar si los paletos somos nosotros o los dramaturgos y comediógrafos cortesanos.

Dice Manuel Sugrañes: ¡A la Habana me voy... y a Méjico!

Acompañarán a Sugrañes en esta excursión, la *vedette* Lydia Francis, el chistosísimo Baldomerito y setenta artistas más: francesas, inglesas y españolas. Está también en tratos con un barítono y un tenor famosos, cuyos nombres se reserva. ¿Serán Sagi Barba o Marco Redondo y Vendrell?

Sugrañes tiene el propósito de no permanecer en América más que el tiempo preciso para montar y presentar su espectáculo. Cuando regrese, enviará a aquellas tierras a nuestro camarada en la Prensa y buen amigo Braulio Solsona.

Tenemos la certeza de que el simpático Manolo Sugrañes, colocará muy alto en Méjico y Cuba, con sus maravillosos espectáculos, el nombre artístico de España.

Manuel Sugrañes, el popular *produceur* de las revistas del Cómic, embarcará para América a fines del mes actual.

La *tournee* comprenderá Méjico y la Habana, siendo su duración de cinco meses.

Ha contratado los espectáculos de Sugrañes el empresario Juan Palmer, esposo de la célebre tiple mejicana que actuó hace unos años en la Zarzuela, de Madrid, y en el Novedades, de Barcelona, Esperanza Iris. Palmer ha puesto a Manolo Sugrañes, como única condición, pero ésta indispensable, que sea el precisamente quien monte y presente sus espectáculos en América.

El debut, que se efectuará en el Teatro Esperanza Iris, de Méjico, coincidirá con la fiesta de la Independencia, de aquella República.

Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.

SUCURSAL:

PASEO DE GRACIA, 132 - SALMERÓN, 2

TELÉFONO 1487 G

□

DROGAS :: PERFUMERIA :: COLMADO
COMESTIBLES

CHAMPAGNES :: VINOS Y LICORES

□

SERVICIO A DOMICILIO

Argumento de la semana

"Compañera te doy..." Exclusiva Julio César, S. A. por Astrid Holm

PROLOGO

El precepto bíblico dice: «Compañera te doy, no sierva». Y esto debe ser la esposa: compañera de nuestra vida, humilde y amante colaboradora del hombre.

Pero el hombre, ¿no se olvida a menudo de que su esposa es compañera y no sierva? Si, se olvida con harta frecuencia. Hay varón que por el hecho de llevar el dinero que gana en una profesión o en un oficio para el sostenimiento de su hogar, se convierte en un tirano casero, que es la clase de tirano más insoportable.

En cambio, la esposa, lo cuida, se desvela por él y por los hijos que él le ha dado, ahorra, sufre la tiranía con una sonrisa para ocultar su dolor, para que los que la rodean no participen de esa pena tan honda y tan cristianamente llevada.

Y muchas veces, el trabajo de la esposa es más intenso, más agotador que el trabajo del marido, aunque lozca menos y aunque jamás lo eche en cara ni le dé importancia.

¿De dónde saca tanta energía la mujer? De su amor, de su voluntad.

Que no se nos muestre el reverso, el revés de la mujer buena y cariñosa. Son muchas menos de lo que se cree las mujeres pervertidas, las desleales e infieles, las que toman por el atajo del deshonor. Y casi todas estas son malas porque el hombre quiere que lo sean; unas veces con su desprecio, con sus malos tratos; otras con engaños, con promesas, por satisfacer un capricho o una vanidad. Y por un momento de ilusión o de amor propio, condenan a una mujer a vivir en la deshonra.

La esposa de esta novela cinematográfica es una santa, una santa verdadera como otras muchas que existen en el mundo y que jamás figurarán en el santoral.

La esposa de este relato es una mártir, una mártir auténtica, como tantas otras que hay sobre el haz de la tierra, aunque nunca figurarán en el martirologio.

La esposa de esta narración es una heroína, una heroína sin trampa ni cartón como la mayoría de las esposas pobres, aunque sus nombres no ocuparán un lugar en la historia de la humanidad.

¿Cabe mayor santidad, mejor temperamento de mártir, mayor heroicidad que la que no busca un premio, un galardón; que la que no pretende salir del anonimato y de la obscuridad?

Esposas así las hay a millones en el mundo. Y los hombres pasan indiferentes a su lado, o si se fijan en ellas, porque tienen belleza y juventud, es para procurar que su virtud se quebrante.

Entre estas mujeres figuran nuestras madres, nuestras hermanas. Que nuestro corazón sea su santoral y su historia.

I

En el modesto hogar de Víctor Frandsen, no había paz, no podía haberla. El carácter brusco, el mal humor constante de Víctor rompió la armonía que debe existir en todo matrimonio, sobre todo si es pobre, porque si a la escasez o penuria de bienes materiales, porque si al desequilibrio económico se añade la falta de consideración, de atenciones, de mutuo respeto, un hogar se convierte en infierno, en presidio, en guerra perpetua en la que las miradas son lanzas dados en el corazón del contrario, y en que las palabras son balas de cañón que destruyen o cuartelean, al menos, la fortaleza en que se defiende el cariño heroicamente por no morir.

Víctor Frandsen, allá en el fondo de su personalidad, no era malo. Perdió su fortuna, tuvo que luchar mucho y rudamente en la vida, y esto le agrió el carácter, lo hizo huraño, esquivo, seco, injusto. Estaba siempre de mal talante y, procediendo con manifiesta injusticia, hacía pagar su malhumor a sus hijos y a su esposa. Sobre todo a Ida, su dulce y tierna esposa, que estaba pendiente de sus labios, de su mirada, para atenderlo con solicitud y cariño, aun a sabiendas de que él la pagaría con un gruñido, reprimiéndola, no ya por un motivo fútil, sino hasta sin motivo.

Tenía el matrimonio tres hijos: Catalina, ya una mujercita, muy miedosa, muy espigada y con el rostro bello e ingenio, entristecido siempre porque se daba perfecta cuenta de lo que su madre sufría; Federico, un rapaz simpático, inteligente y travieso como lo son todos los niños a su edad, y una niña, la menor, de apenas dos años, que parecía un rollo de manteca sonrosada.

Vivia con el matrimonio la anciana Mad, que fue nodriza de Víctor y que éste conservó a su lado, así en su época floreciente, de bienestar económico, como después, en su pobreza.

Mad era una mujer enérgica, de voluntad indomable; pero buena, solícita. Era la única persona de la casa que se atrevía a censurar al pater familia en sus mismas barbas. La única persona, porque Ida, la esposa, aunque los reproches de Víctor fuesen muy injustos y expresados en forma harto violenta, jamás protestaba, ni con la palabra, ni con el gesto. Víctor respetaba un poco a su exnodriza, la que, naturalmente, sabía muchas veces en defensa de la mártir, de Ida.

Ella sola le cantaba las verdades al tirano, pues hasta el canario cesaba de cantar cuando aquél estaba en la casa.

En cambio, Ida trataba al pajarillo poeta con un mimo, con una ternura tan grandes, que el canario rompía a cantar alegremente o picoteaba en su mano sin causarle el daño más leve. Pero si esta avercilla canora hubiera tenido un pico largo y poderoso, como un águila, acaso habría defendido con él a su joven ama, clavándole al tirano en el corazón o en los ojos.

Porque, ¿quién nos asegura de que un ave no tiene conciencia de las acciones humanas?

II

Aquella mañana, Ida preparaba el desayuno a su marido, consistente en un tazón de café y en unas rebanadas de pan untadas de mantequilla.

Estaba en esta operación, cuando Víctor salió de la alcoba, y sin dar los buenos días siquiera, se sentó a la mesa.

Ida, al verlo, cogió la cafetera y una taza con su correspondiente platillo, sirviéndole el café. Luego llevó, en un plato, las rebanadas de pan, apartando antes dos para ella, que era la última en desayunarse, si bien la primera en levantarse.

Víctor, con voz destemplada, la reprimió: —Ya te he advertido muchas veces que cuando yo salga al comedor, quiero ver ya el café encima de la mesa.

La esposa no respondió. ¿Para qué? Otros días lo había hecho como él decía ahora, y se quejó de que estaba ya frío. ¿Cómo complacerlo?

El tirano volvió a lamentarse: —¿Es que quieres que me sirva el azúcar con los dedos? No me has traído cucharilla.

Ida le llevó una, retirándose para servir al canario su ración de alpiste y de agua.

Víctor, que había comenzado a desayunarse, al ver lo que su mujer hacía, gritó de nuevo y con más violencia que las veces anteriores: —Te preocupas mucho del canario, y a mí ¡que me parta un rayo!

—Pero ¿qué quieres, Víctor? —inquirió Ida con suavidad, acercándose a él. —¿Qué quiero? ¿Es que no tengo motivos para quejarme? Bien podías preocuparte un poco de mí y ponerme más mantequilla en el pan.

Ella cogió el plato en que estaban las rebanadas de pan y las extendió por encima la mantequilla que había puesto en el suyo, sin que en su rostro se advirtiera el más leve gesto de censura por el egoísmo y la brutalidad de su esposo. Se lo volvió a servir, y mientras él acababa de desayunarse, se arrojó a sus pies para descalzarle las zapatillas, procurando no molestarle, y ponerle los zapatos.

Víctor se miró estos, y dijo: —Por qué no me has puesto los otros zapatos? ¿Es que sabes que me gustan más y quieres llevarme la contraria por costumbre?

Ida repuso con cariño: —Los otros estaban rotos y los llevé a la zapatería. Estarán listos el sábado, pero tendrás que darme el dinero para recogerlos. —¿Dinero? ¿No se dónde echas el que te doy! En mi vida he visto tan mala administración como la que hay en esta casa.

Diciendo esto, se levantó de la mesa. Ida le ayudó a ponerse la americana, y Víctor salió, sin despedirse, capoteo de la oficina donde trabajaba. Pero al cruzar por delante de Mad, que estaba en un rincón de la estancia, la anciana lo miró duramente a través de sus gafas, y exclamó: —¡Bruto!

Al quedarse sola las mujeres, Mad habló: —No se cómo consientes a ese salvaje que te trata así.

—No digas eso, Mad. Víctor es un poco raro, si quieres; pero es bueno.

—¿Bueno? ¡Es insufrible! Una persona buena no atormenta tan injustamente a los que le rodean y aman.

—Víctor no está acostumbrado a vivir con estrechez, con apuros... Hazle cargo, Mad. Esto, es natural, lo pone de mal humor... Hazle cargo.

Ida defendía siempre a su marido, aunque éste la injuriase. En sus labios no había más que disculpas para la conducta del esposo, nunca quejas o reproches. Pero Mad rezongó: —Ya domaré yo a ese bárbaro, ya. Cuando vuelva esta noche.

—No, Mad. Te suplico que nada le digas. ¡Sufrir tanto el pobre! ¡Trabaja tanto!

III

Como la oficina donde trabajaba Víctor estaba lejos, en el corazón de la ciudad, y él vivía en los extramuros, en los barrios bajos, a mediodía no iba a comer a su casa, haciéndolo en cualquier restaurant económico.

Ida, después de comer frugalmente, con Mad, Catalina y Federico, se puso a trajarlar con ellos.

Mad se sentó en su rincón de siempre a repasar la ropa. Federico se marchó a la calle a jugar con otros chicos. Ida se puso a planchar sábanas y manteles, y Catalina a fregar los platos. Cuando todo estuvo listo de planchar, Ida y Catalina doblaron las sábanas, cogiéndolas de las puntas.

Ida advirtió a su hija: —Si no tiras con más fuerza, no podrás ayudarme.

—¡Ay, madre! Es que tiene usted un brío... —respondió la chiquilla.

—Si es verdad. ¡Pobrecita! Tú no puedes trabajar como yo.

La vieja Mad levantó la cabeza, y llamando a Ida, le dijo: —Estas medias de Federico ya no pueden aprovecharse.

Y le mostraba unas, llenas de zancajos por todas partes. —¿Que no pueden aprovecharse? Si, Mad. Todo tiene utilidad.

—Pues el partido que saques de esto... Ya no sé por dónde empezar a zurcirlas. Hay mas agujeros que trama.

—No, si no es necesario zurcirlas. Pero sirven —afirmó Ida.

—Pero vas a ponérselas así al niño? —protestó Mad.

—No, tonta. Como medias, es claro que no sirven; pero se pueden transformar fácilmente en unos mitones.

—Es verdad. A todo le encuentras aplicación. Eres un tesoro que tu marido no sabe apreciar.

—Mira, ahora que hablas de Víctor, se me ocurre una cosa —dijo Ida.

Y volviéndose hacia su hija, la llamó.

—¡Catalina!

—¿Qué manda usted, madre?

—¿Dónde está Federico?

—Jugando en la calle debe estar.

—Anda, ve a buscarlo y dile que tiene que ir a comprar manzanas. Quiero hacer un postre para esta noche, que le gusta mucho a tu padre.

Catalina se asomó a la ventana. Efectivamente, su hermano patinaba sobre el hielo, con otros niños.

—¡Federicooo! —le gritó la muchacha.

—¿Que hay? —preguntó el chico.

—Sube, que has de ir a un recado.

A poco subió Federico, y su madre, dándole unas monedas, le ordenó:

—Ve a comprar unas manzanas. Anda, hijo mío, no tardes.

—¡Voy a escape!

Salió el rapaz saltando, mientras Ida tendió una cuerda en la habitación, colgando de ella, para que se secaran más fácilmente, unas medias.

Y cuando Federico regresó con las manzanas, se puso a hacer el postre alegremente. Alegremente, porque pensaba con qué gusto se lo comería su esposo.

IV

Jugaba aún Federico en la calle cuando regresó su padre. Al verlo Víctor, lo llamó con voz destemplada.

—¡Granaña! —le dijo, agarrándolo por una oreja—. Yo trabajando como una bestia para todos vosotros, y tú destrozando calzado. ¿No es eso? ¡Hala, arriba!

Lo soltó, y el chiquillo subió las escaleras veloz y asustado como un cervatillo al que persiguen los cazadores al son de su trompa.

Víctor subió tras él lleno de ira. Cuando estuvieron dentro de la casa, le impuso como castigo:

—Hoy te quedas sin postre.

Ida se quedó mirando a su marido y a su hijo, pero no se atrevió a preguntarle al primero por qué le castigaba a éste con tanta dureza para un niño que normalmente no come lo necesario para nutrirse bien.

Cenaron en silencio, y al llegar a los postres, ordenó Víctor al rapaz:

—¡Largo de la mesa! Ponte de cara al rincón.

Obedeció el niño.

—Las manos a la espalda! —volvió a ordenar el tirano.

El mal genio de Víctor iba en aumento. Ida lo contemplaba furivamente, temiendo sus iracundos arranques, su peligrosa violencia. ¿Habría también para ella aquella noche? ¡Claro que había!

Cuando le presentó a su marido las manzanas doradas por el fuego, y muy bien azucaradas, Víctor protestó:

—¿Qué es esto? ¡No quiero que hagas excepciones de ningún género conmigo! ¡Qué afán de molestarme haciéndome pasar por un gloton!

—Creí darte una alegría... Como sé que te gusta tanto este postre... —rezongó debilmente la mártir.

—¡Es un despilfarro!... ¡No quiero comerlas! —exclamó él.

Ida dejó escapar un suspiro tenue y retiró la vianda de la mesa, mientras Víctor encendía su larga pipa.

Parecía todo terminado por aquella noche, pero no fue así. Al tropezar el tirano con las medias que pendían de la cuerda, gritó:

—¡Pero cuantas veces he de decir que no quiero que cuelgues aquí la ropa?

—Son las medias de Federico, hombre. Las he puesto a secar porque las que lleva las tenía mojadas y puede resfriarse —explicó, sin alzar la voz apenas, la pobre Ida.

—¡Mejor si se constipa! Así escarmentará y no se marchará a jugar a la calle. Por cierto que no me explico cómo no lo vigilas más. ¡Ni que tuvieras que hacer todo el santo día para no tener tiempo de cuidarte de tus hijos!

Víctor salió aquella noche, y Mad, en cuanto lo vio desaparecer, obsequió a Federico, luego de levantarlo el arresto, con el dulce que su padre había despreciado.

En cuanto a Ida, no tuvo una sola palabra de protesta.

El día siguiente estaba marcado por el destino para que fuera decisivo en el porvenir de las personas que formaban el hogar Frandsen.

Amanció un día como cualquier otro. No era posible adivinar que tuviera tanta importancia para aquel hogar humilde, ni para ninguno.

Victor se levantó de tan malhumor como de costumbre. Esto no era ninguna novedad, ni Ida pudo asombrarse de ello. Lo que la habría asombrado de un modo extraordinario es que Victor se hubiera despertado aquella mañana más humanizado y menos regañón que nunca.

Victor protestó del desayuno, de la temperatura del día, del silencio de su mujer, de la vivacidad de Federico, de cuanto hay que protestar con razón o sin ella.

Mediada la mañana, Mad tuvo que salir a realizar unas compras. Cuando regresaba de efectuarlas, se encontró con doña Berta, madre de Ida.

Entre las dos ancianas se cruzó el siguiente diálogo, iniciado por Mad.

—¡Dichosos los ojos, doña Berta! ¡Qué cara de ver es usted!

—Es cierto, es cierto, amiga mía. Una vive tan lejos y es ya tan vieja...

—¿Y a eso únicamente se deben ausencias tan largas?

—A eso... en parte nada más. Mejor dicho: por eso no dejaría de ir a casa de mi hija con frecuencia. ¡Siento una ligereza cuando me encamino a su hogar!

—Si hogar es aquel infierno, doña Berta.

—¡Cómo! ¿Continúa mi yerno haciendo de las suyas?

—¿Que si continúa, dice usted? ¡Más que nunca! Yo no sé cómo Ida tiene paciencia para aguantarlo. Crea usted que se pone a una santa en el lugar de su hija, y no sufre las impertinencias y groserías de ese hombre. ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo criaría tan mala sangre ese energúmeno, dándole yo el pecho con tanto amor, con ternura tanta? Crea usted, doña Berta, que en el mundo ocurren cosas muy raras. Porque ésta lo es de veras.

—¡Hija de mi alma!

Hablando, hablando, doña Berta y Mad llegaron a la casa.

VII

Ida experimentaba siempre una gran alegría cuando su madre iba a verla. Pero en aquella ocasión aquella alegría, aunque no más efusiva, fue más grande que nunca. Por lo menos, así se lo pareció a Ida.

Sin embargo, su alma no se quedaba limpia de penas, en completa calma. Y no acababa de serenarse, porque las penas no salían al exterior, no quería darles suelta contándolas, para desahogarse, a otra persona, aunque esta persona fuese su madre.

No, Ida, antes que hablar mal de su esposo, era capaz de llegar al sacrificio. Aunque la tiranía de Victor hubiera sido más dura y su fiscalización más antipática, Ida habría callado como callaba ahora, al preguntarle su madre, convencida de que preguntaba un absurdo.

—Eres feliz, hija mía?

—Tan feliz como puede serlo en este mundo una pobre, si, lo soy, mamá.

—Ida, me parece que tratas de engañarte tú sola — observó doña Berta con cierta seriedad, dolida sin duda de que su hija no fuese más sincera con ella.

—¿Por qué dices eso, mamá?

—Porque Victor...

—Porque Victor... ¿qué?

—Si te molesta...

—Si, mamá. Es preferible no ocuparse de este asunto. Yo conozco bien a Victor y sé que me quiere y que es bueno. Tiene un carácter un poco extraño, si usted quiere; pero esto no tiene importancia.

Mad, que ocupaba su sitio habitual, tosó intencionadamente: ¡Ejem!... ¡Ejem!...

—Bueno, bueno, cambiemos el disco. ¿Qué traes en ese paquete, mamá? — preguntó Ida señalando un envoltorio que doña Berta había dejado sobre la mesa.

—Unos pasteles. Sé que os gustan a todos...

—Sí, y más que a ninguno a mi marido.

—Según por donde le dé. A lo mejor sale con que lo quiere usted envenenar — apuntó Mad.

—¡Calla, Mad, te lo ruego! — suplicó Ida.

Y por no atormentarla más, desviaron la conversación hacia temas que a ninguna les interesaban.

VIII

A primera hora de la tarde regresó Victor Frandsen a su casa. A pesar de que había cobrado y de que el día siguiente era de asueto, no por eso se dulcificó la expresión enfada de su rostro.

Vió a su suegra, pero no se dignó siquiera saludarla, como si hubiera sido un trasto más de la casa.

En un santiamén colocó Ida todo el servicio en la mesa, haciendo los platos. Doña Berta había ido co-



mida y permaneció sentada en un pequeño diván, que había arrimada a una de las paredes. La hija menor del matrimonio, andaba torpemente de un lado para otro.

Comenzaron a cenar, y la niña, aburrida de que nadie la hiciera caso — su madre tenía que estar pendiente del más leve gesto de su esposo, en esta ocasión más que nunca para evitar en lo posible una escena desagradable delante de doña Berta — la niña, repetimos, que se había sentado sobre unos cojines, rompió a llorar con esa furia con que lloran las criaturas.

—¿Qué murga! ¿No puedes hacer callar a esa mocosa? — exclamó Victor, dirigiéndose a su mujer.

Ida se levantó de la mesa con presteza, y acercándose a la niña la acarició largamente, haciéndole callar.

El resto de la comida transcurrió en silencio; pero al llegar a los postres, Ida destapó el paquete que había llevado su madre, y colocándolo en el centro de la mesa, dijo a Victor:

—Estos pasteles los ha traído mamá para obsequiarnos, especialmente a ti.

Victor replicó con ironía:

—¡Ah!, ¿sí? Pues no quiero probarlos siquiera. Además, si a tu madre no le gusta lo que se come en mi casa, que se quede en la suya. ¡Aquí no hace maldita la falta!

—¡Victor! — le recriminó Ida suavemente.

—¿Qué? ¿No te parece bien lo que digo? Pues te tapas los oídos, y en paz.

Ida miró a su madre y a Mad, suplicándoles con los ojos que se callaran. Luego fue por la cafetera y una taza para servirle el café a Victor. Pero al ir a aborarlo, él se levantó, diciendo:

—Gracias. Ya no quiero café.

Encendió su larga pipa, empezando a succionarla. Ida se acercó adonde estaba su madre, con los ojos llenos de lágrimas, pero sin lanzar un gemido, ni pronunciar una palabra. ¡Tenía hasta miedo de que su esposa la viera llorar!

Catalina y Federico miraban la escena con ojos asustados.

Al cabo de un rato, Ida, para disimular su pena, cogió a la menor de sus hijas y la acostó para que durmiera la siesta. Cuando logró dominarse un poco, volvió a salir al comedor.

Mad, a punto de estallar, se aproximó a Victor para decirle:

—Recuerdo que en otro tiempo, cuando hacías alguna travesura, te castigaba dándole unos azotes; pero entonces eras tú muy niño y yo mucho más fuerte que ahora. Si mi mano fuese tan dura como en aquel tiempo, por lo que has hecho hoy, te azotaría hasta que me doliera.

Victor le arrojó a la cara una bocanada de humo, y sonriendo con forzada risa, preguntó:

—¿Tu harías eso, Mad?

—Y sería muy justo.

—¿Y quien te mete a ti en lo que no te importa? — exclamó Victor dando suelta a su irritación.

Mad exclamó con tono enérgico:

—¡Ingrato!... ¡Mal hombre!... ¡Bruto!... ¡Bárbaro!...

—¡Calla, bruja, o te acogoto!

—Te atreverías? — lo desafió ella.

Ida suplicó medrosa:

—¡Déjalo, Mad! ¡No sabe lo que dice!

—¿Que lo deje? ¡Ea!, no quiero. Ha de oír de mi boca más de cuatro verdades por canalla, por sinvergüenza.

Victor, fuera de sí, la dió un manotazo brutal en pleno rostro.

Ida y doña Berta lanzaron un grito. Mad, no. La valiente anciana le tiró a la cabeza lo primero que cogieron sus manos. Victor, hecho una verdadera furia, un hotentote, arrojaba al suelo sillas, cacharros, muebles... Cogió la jaula del canario, intentando golpear con ella a su exnodriza.

Ida y Catalina intentaron sujetarlo.

Mad lo insultaba:

—¡Cobarde! ¡Apaleador de mujeres! ¡Apache!

El llanto estruendoso de Catalina — Federico había escapado a la calle, lleno de terror — lograron calmar un poco a Victor.

Entonces Mad se acercó a él, y le dijo:

—Me has hecho sangrar la nariz. Mira. Y oye lo que te digo. Has insultado, has desafiado a tres mujeres, y yo te prometo que esta hazaña te costará cara. No lo olvides, Victor.

Este se había puesto la americana para salir y alejarse de aquel infierno encendido por él. Pero antes de hacerlo, se encará con su mujer, y le dijo amenazador:

—Si cuando yo regrese, no se han marchado de aquí, para no volver jamás, este par de brujas, saldré yo de esta casa para siempre.

Y salió ahora, acompañado por los insultos de Mad: — ¡Salvaje!... ¡Bruto!... ¡Canalla!...

...

La escena había de tener forzosamente un final. — ¿Y ahora qué dices de tu marido? — inquirió doña Berta.

—¡Que es un santo, dirá! — exclamó Mad.

—Que es un santo, no; pero sostengo que es bueno, a pesar de todo — replicó Ida.

—Bueno, déjate de monsergas y a obrar — apuntó Mad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay que tomar una determinación seria. Quiero decir que estás enferma de los disgustos que te ha dado ese café, y que necesitas salir de aquí para curarte. Con que... arréglate y en marcha.

—Si, hija, vamos — dijo doña Berta.

—¡No me voy! Lo que ustedes pretenden es una infamia. Si he pasado junto a él los días de opulencia, compartiéndolos, también debo compartir su miseria. Otra cosa sería una ingratitud que Victor no se merece — protestó Ida.

—¡Haz lo que te parezca, pero estás realmente enferma, y si no te curas... — observó Mad.

—Si, estoy enferma; es cierto.

—Necesitas reposo, hija mía. A mi lado te curarás pronto. Luego vuelve junto a él, si así te place.

—¿Y quién cuidará a los niños, quién lo cuidará a él? — preguntó Ida.

—Yo. Y te prometo que te lo devolveré más suave que un guante — repuso la exnodriza.

—Entonces...

—¡Hala, vamos! — insistió doña Berta.

Ida cedió por fin. Mandó a Catalina que dijera a Federico que fuese en busca de un coche, y preparó un hatillo de ropa.

Después entregó las llaves y el dinero a Mad, y sacando unas pesetas de un cajoncito de un varguero, dijo a Mad y a Catalina:

—Este dinero lo he ahorrado yo con mil trabajos para que Victor pueda tomar mantequilla. Aquí lo dejo, pero no lo toquéis, ni le digáis nada.

—Vete tranquila — contestó Mad.

La pobre mártir besó a su hija, dormida, se abrazó a Catalina, que lloraba a lagrima viva, y salió, pues el coche estaba ya en la puerta. Pero antes de subir a él, fue a la zapatería a que le dieran los zapatos de Victor, que llevó a arreglar, y se los entregó a Federico, recomendándole, como antes a su hija mayor, que fueran cariñosos con su padre y que lo amaran mucho.

Poco después se alejaba el coche calle abajo.

VIII

La ausencia de Ida puso furioso a Victor en el primer momento. Pero al saber por su hija Catalina que Ida estaba enferma a causa de que cuando todos dormían la pobrecita mamá trabajaba afanosamente para ayudar a la casa, el tirano se enterneció tanto, que preguntó:

—¿Se ha marchado sola tu madre?

—No, con la abuelita.

—Entonces estará en su casa; voy por ella.

Y salió en busca de la amante esposa, arrepentido de su brutal egoísmo.

En efecto, Ida estaba en casa de su madre.

Cuando llegó Victor, el médico de doña Berta, a quien ésta llamó con urgencia, salió a recibir a Victor, prohibiéndole enérgicamente que entrara en la alcoba donde Ida estaba acostada.

—Necesita reposo, mucho reposo. Sufre una depresión moral y nerviosa, enorme. Sólo la paz y el campo pueden curarla — informó el galeno.

Victor tuvo que conformarse y salir de casa de doña Berta sin ver a su esposa.

...

Transcurrieron tres meses, durante los cuales Victor no tuvo noticias de Ida, aunque ésta le había escrito a pesar de la prohibición de su madre. Pero Mad interceptó la correspondencia de Ida, evitando que llegara a manos de Victor, manso ahora como un cordero.

Llegó el día en que Ida, acompañada de doña Berta, llegó a su hogar. Victor no había vuelto aún de la oficina. Cuando regresó le dijo Catalina:

—Yo sé dónde está mamá.

—¿Dónde?

—Pues... No, no te lo digo. Pero te lo diré si me prometes comprarme una muñeca muy hermosa que he visto.

—Te prometo comprártela... para tu santo, pues, dímelo.

—En... No, no debo decírtelo.

Y la chiquilla, que sabía que su madre estaba escondida en un pequeño cuarto que comunicaba con el comedor, donde estaban, guardó el secreto.

Se acercó Mad a ellos y dijo a Victor:

—No te molestes, Victor. Tu esposa no volverá hasta que completes tu arrepentimiento.

—¿Y que tengo que hacer para ello, buena Mad? — inquirió Victor.

—Ponerte de cara a ese rincón con las manos atrás.

Obedeció Victor sonriendo, y entonces Ida salió de su escondite, llamándolo.

Y el matrimonio, feliz al cabo, se abrazó efusivamente, borrando en este abrazo todo el pasado y prometiendo en él una era de paz y de dicha.

FIN

